

MONICA LOTTINO

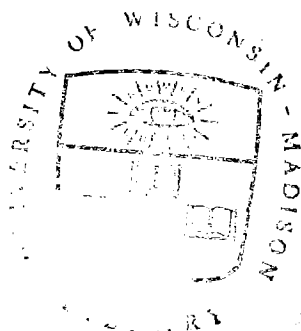
EVITA
Y
VICTORIA

Comedia patriótica en tres actos

GRUPO EDITOR LATINOAMERICANO
Colección ESCRITURA DE HOY

Colección ESCRITURA DE HOY
212.195
1ª edición - 1.000 ejemplares
ISBN 950-694-089-4

Dibujo de tapa: Hugo Villarreal



© 1990 de la primera edición, by Grupo Editor Latinoamericano S.R.L., Laprida 1183, 1º, (1425) Buenos Aires, Argentina. Teléfono 961-9135.

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Impreso y hecho en la Argentina. Printed and made in Argentina.

Colaboraron en la preparación de este libro:

Diseño de tapa: Pablo Barragán. Composición y armado: Linotipia San Martín. Impresión interior: Del Carril Impresores. Impresión de tapa: Imprenta de los Buenos Ayres S.A. Películas de tapa: Fotocromos Rodel. Encuadernación: Proa S.R.L. Se utilizó para el interior papel OESPE de 94 gs. y para la tapa cartulina grano fino de 240 gs. provistos por Copagra S.A.

PQ
9698,25
T813
E9
1990

AM00445

PERSONAJES

VICTORIA, escritora, fundadora y dueña de una revista literaria.

EVA, una visita.

PEPI, mucama de Victoria.

IRIS, mucama de Eva.

HEBE, enfermera de Eva.

ACTO PRIMERO

Una casa frente al río. Dos ventanas francesas se abren sobre una escalinata. Se insinúa un jardín en pendiente que llega hasta el río. El interior es confortable, anárquico y noble. A la derecha de las ventanas hay una chimenea de piedra; sobre ella, un retrato de la dueña de casa. La túnica rosa y la belleza de la modelo la hacen atemporal; sólo el peinado sugiere los años veinte.

Un sofá, dos sillones tapizados en chintz, más confortables que elegantes. Una mesa inglesa abarrotada de papeles, libros y fotografías enmarcadas. Los cuadros indican que la dueña de casa ha viajado por Europa y conoce los movimientos de vanguardia; sin embargo, no están colocados en lugares importantes, como si sólo fueran una muestra de tibia audacia o una concesión amorosa a algunos pintores amigos.

Comienza la acción cuando entra Victoria. Abre desde el jardín el ventanal y entra con Pepi, su mucama. Los movimientos de Victoria son rápidos,

como de quien teme perder tiempo o ser poco efectiva. Le gusta actuar con mayor velocidad en los hechos y palabras que su ocasional partner, pero, a la vez, no tolera a los lerdos. El ritmo de Eva, con sus silencios deliberados, sus bruscos cambios de tema, será su tortura durante toda la obra.

VICTORIA

(Apoya sobre la mesa un canasto lleno de flores.)

¡Qué gloria de retamas! Pero... ¡duran tan poco!... Ponles un tapón de algodón en los tallos, que estén bien mojadas y luego que alguien las lleve al Plaza para Camus, en nombre de la revista.

PEPI

Sí, señora. Llamó el señor Gonzalo, ya habló en su nombre con ese señor francés. Vienen los dos a las cinco.

VICTORIA

Excelente, excelente. Es un hombre muy difícil. Tendré que convencer a los tártaros de mis amigos para que se porten bien y lo entretengan.

PEPI

La niña Inés viene también con dos amigas.

VICTORIA

Mejor. Estas chicas con su chismorreó alivian el ambiente. Demasiados intelectuales juntos pueden resultar infernales.

PEPI

Entonces, ¿no arreglo el cuarto de huéspedes?

VICTORIA

No, ya tiene reservas hechas en el Plaza. Pepi, debes darte cuenta, somos dos viejas que viven a trasmano. No querrá cambiar su hotel por nuestros mosquitos.

(Suena el teléfono en la habitación vecina. Pepi abandona la escena mientras Victoria revisa correspondencia. Pepi vuelve a la sala sorprendida, asustada.)

PEPI

(A Victoria, que sigue leyendo una carta.)

Señora...

VICTORIA

¿Sí?

PEPI

¡Viene!

VICTORIA

Sí, ya me lo dijiste, a las cinco.

PEPI

(Sin aliento.)

No, él no, ella.

VICTORIA

¿Ella?

PEPI

Sí, sí, la que le dije.

VICTORIA

¿Podrías hablar claro?

PEPI

¡La Eva!

VICTORIA

No estoy para bromas.

PEPI

No es una broma. Llamaron de la Intendencia de San Isidro, preguntaron si usted estaba en su casa y podía atenderla. Estará aquí en pocos minutos.

VICTORIA

¿Colgaste?

PEPI

No, ella quiere hablar con usted. Está esperando.

VICTORIA

Y yo... ¿qué le digo?

PEPI

¿A mí me lo pregunta?

VICTORIA

(Toma coraje y se dirige al teléfono.)

Debe ser una broma de Manucho o de algún otro sabandija. ¡Ya me tendrán que oír!

(Pepi se acerca a la vista del público y trata en vano de escuchar la conversación. Cuando vuelve Victoria apenas tiene tiempo para volver a su lugar anterior.)

VICTORIA

(Confusa, demudada.)

Viene.

PEPI

¿Cuándo?

VICTORIA

Ahora, a tomar el té.

PEPI

¿Qué voz tiene?

VICTORIA

La que conocemos muy bien. Una mezcla de voz de mando y mal radioteatro. La profesión y las malas compañías, seguramente.

PEPI

¿Qué hacemos con el francés?

VICTORIA

(Desesperada.)

¡Es cierto! Viene Camus... Llama a Gonzalo, da una contraorden, no pueden encontrarse, declárame enferma, muerta, lo que quieras. El sabe lo que yo opino del régimen, él mismo lo detesta. Jamás hubiese venido a la Argentina si yo no lo hubiese convencido de que su visita no sería oficial... Pepi, esta mujer no va a venir sola, traerá chauffeur, guardaespaldas. ¿Qué se hace con esa gente?

PEPI

Ya sé, que Margarita les dé el té en la cocina.

(Se oscurece un instante la escena y al volver a encenderse las luces se oye la llegada de un automóvil. Entra Eva por el ventanal. Es muy joven y bonita. Lleva sobre los hombros un tapado de visón. Está

vestida fuera de horario y algo sobrecargada. Se saca un guante y le extiende la mano a Victoria en un gesto tieso y premeditado. Pepi la mira embobada.)

EVA

Mucho gusto, señora.

VICTORIA

(Intenta esconder su rechazo.)

Mucho gusto.

(Eva busca un lugar donde dejar el abrigo y extiende su brazo a Pepi. Esta avanza controlada por la mirada de Victoria y atraída por la sonrisa de Eva. Toma el abrigo, se retira a un segundo plano, lo huele con arrobó y arranca unos pelos a la piel; los esconde rápidamente en su delantal y deja la escena por una salida lateral.)

VICTORIA

(Con helada cortesía.)

Siéntese, por favor.

EVA

(Se sienta un poco envarada.)

Usted estará sorprendida por mi visita.

VICTORIA

Sí, y curiosa.

EVA

Tenemos una preocupación en común.

VICTORIA

¿De veras?

EVA

Sí. La causa de la mujer, el sufragio femenino, nuestra falta de derechos.

VICTORIA

Soy una vieja luchadora. Pero creo que se equivocó de puerta. No soy la única feminista de mi generación, ni siquiera la más importante. Además, no es ningún secreto que estoy en contra de su partido.

EVA

Por supuesto, toda su clase nos detesta.

VICTORIA

Conozco gente modesta que no les es adicta, que tienen que afiliarse a su partido y soportar presiones muy graves.

EVA

(Se cruza de piernas y se saca con deliberada lentitud el sombrero, es una "courvette" sostenida por dos largos alfileres, que pincha en su solapa.)

Señora, yo quisiera olvidarme de nuestras diferencias. Aunque usted no haya comprendido nuestro mensaje, desea algo como nosotros, el voto femenino.

VICTORIA

Sí, pero por razones distintas.

EVA

¿Para qué cree que lo queremos nosotros?

VICTORIA

Para perpetuarse en el poder.

EVA

¿Usted cree que las mujeres son imbéciles?

VICTORIA

He pasado mi vida afirmando lo contrario.

EVA

Entonces, ¿por qué cree que serán tan malas votantes? Actuarán libremente, y si no lo merecemos no nos eternizarán en el poder.

VICTORIA

(Se pone de pie con impaciencia.)

Usted conoce mejor que nadie el manipuleo que sufre la población.

EVA

(Plácida.)

¿Conversa con obreras de fábrica, con empleadas, con mujeres de peones de campo? ¿Las conoce siquiera?

VICTORIA

No, y usted tampoco. Cree que las conoce porque van a halagarla y a pedirle favores que usted jamás debería conceder como si fuera una divinidad azteca. *(Furiosa.)* Pero, usted, ¿quién diablos cree que es?

EVA

Eso no tiene importancia, lo que cuenta es lo que significa para ellos. Pero, no crea, comprendo su frustración. Su clase fracasó, deberían estar agradecidos de no haberse despertado un día con un régimen marxista.

VICTORIA

(Amargamente.)

Es cierto. En cambio gozamos de las delicias de un régimen fascista. Terminemos, ¿qué quiere usted de mí?

EVA

Quiero que firme una proclama con otras mujeres de distintos partidos políticos. Este sería el primer derecho que reclamaríamos; luego vendrían otros.

VICTORIA

¡Qué raro que no quieran el rédito para ustedes solos! Dígame, ¿cuál es el juego?

EVA

Ningún juego. Redáctelo usted. Dicen que sabe escribir. Demuéstrelo.

VICTORIA

No quiero colaborar con ustedes.

EVA

Le resulto desagradable.

VICTORIA

Estoy en mi casa. Usted es mi invitada.

EVA

Conteste. ¿Me detesta?

VICTORIA

Sí.

EVA

¿Porque no escribo versitos, ni sé hablar francés?

VICTORIA

Su ignorancia es su problema.

EVA

Grave error, señora, mi ignorancia es su problema.

VICTORIA

(Preocupada.)

Yo tampoco soy una mujer culta. Tengo grandes lagunas. Ignoro, y ya a mi edad para siempre, muchas cosas.

EVA

¡No me diga! Y entonces, ¿por qué es tan pedante?

VICTORIA

No soy pedante. Me pasa lo mismo que a usted. Tengo que manejar gente, simular seguridad, eficiencia. Si no, sería el caos.

EVA

Yo tuve que fingir seguridad desde los trece años, aunque, claro, no convencía a nadie. El mundo es muy cruel para los pobres.

VICTORIA

(Con ironía.)

Me complace ver que su situación ha mejorado.

EVA

(Torva.)

Fue más difícil que fundar una revista. Conseguí ayudar a mi familia, sacarlos de la pobreza, casarme. Soy más importante que cualquier ministro. A mí me aman, ¿entiende? ¡Me aman! A usted le compran su revista cien cagatintas, a mí me escuchan con los ojos llenos de lágrimas millones de desdichados.

VICTORIA

Detesto su estilo, su lenguaje.

EVA

Hablo así o enmudezco. Me enjoyo, les digo que los amo, que no necesitan mejorar, que son perfectos, que han sido explotados y maltratados y eso les basta. ¡Qué ignorancia la de su clase!

VICTORIA

(Rechaza con un movimiento de la mano las palabras de Eva.)

Puedo relacionarla con gente de la docencia, escritoras, mujeres de otros partidos políticos. De todos modos, tenga en cuenta que la gente no les tiene confianza.

EVA

Lo sé muy bien. Por eso le pido que sea mi contacto.

VICTORIA

No pierda su tiempo conmigo. Puedo darle nombres que usted conoce muy bien. No quiero intervenir en forma directa, la revista me lleva demasiado tiempo. Estamos a punto de sacar un número sobre el socialismo en los Estados Unidos. Espero material, tengo que conseguir más avisos. Todo tiene que estar listo en veinte días. No puedo, ¿comprende?

EVA

No, no comprendo. ¿Así que el socialismo en los Estados Unidos? ¿A quién le importa? ¿Por qué no les dice a sus empleados que lo hagan solitos? Total, no la va a leer nadie.

VICTORIA

(Enojada.)

Tenemos suscriptores en casi todos los países del mundo y si usted lee la lista de miembros de nuestro comité verá que...

EVA

(Interrumpiendo.)

Verá lo ignorante que soy porque no los conozco ni de oídas. Ayúdeme.

VICTORIA

No puedo. *(Se agita al ver que no ha cumplido con sus deberes de ama de casa.)* No hemos pedido el té.

(Victoria toca una campanilla y Pepi aparece con sospechosa rapidez. Trae el servicio de té en una bandeja-carrito, y Pepi sirve. Acerca la taza a Eva y roza suavemente su manga. Eva reconoce el contacto y sonríe. Pepi olvida servir a Victoria.)

VICTORIA

(Molesta.)

Pepi, yo también querría una taza de té.

PEPI

(Despertando de su sueño.)

Sí, sí, señora, disculpe.

(Pepi parte a la cocina.)

EVA

¿Qué explicaciones le dará a su mucama? La pobre mujer está confusa.

VICTORIA

Pepi no necesita explicaciones. Hace cuarenta años que está conmigo. Es casi de la familia.

EVA

(Irónica.)

¡No me diga! ¿Come con usted y sus amigos? ¿Usa su mismo baño?

VICTORIA

¿Así trata usted al ejército que la sirve?

EVA

(Festiva, molestando.)

No, claro que no. Pero yo soy una advenediza, todo el mundo lo sabe. Usted en cambio es una intelectual liberal, democrática. Debería dar el ejemplo.

VICTORIA

(Harta.)

Bueno, ya es suficiente. Tome su té y olvídense de mí.

EVA

¿No le inspiro curiosidad?

VICTORIA

Sí.

EVA

(Estira las piernas y se pone cómoda.)

Pregunte nomás.

VICTORIA

¿Por qué su gobierno nos denigra, nos disminuye, nos roba?

EVA

Eso es una acusación, no una pregunta. Le diré, sin embargo, que la única manera de hacer surgir a un grupo social es denigrar y debilitar al que lo tiene sojuzgado.

VICTORIA

(Hace un gesto de profunda impaciencia e insinúa el fin de la entrevista. Eva reacciona sacándose los zapatos y sentándose sobre sus piernas flexionadas.)

Le mandaré por carta una lista de mujeres, no sólo argentinas...

EVA

¿Por carta? ¿No sería mejor conversar? ¡Hace tanto que no converso con alguien! La gente que me rodea se limita a halagarme; hace unos años tenía la sensación de hacerlo todo mal; ahora es casi peor: mis chistes son todos buenos, no me equivoco jamás; la realidad se adapta a mis discursos. Los mismos hombres que me hubiesen tratado como a una basura se estremecen de miedo al escuchar una crítica mía, un sarcasmo.

VICTORIA

Busque gente decente. Estudie.

EVA

Usted no entiende. Yo dependo de ellos y ellos de mí. En política no se eligen los compañeros de ruta.

VICTORIA

(Como para sí misma.)

Ni los de cama... *(Inmediatamente arrepentida.)*
Discúlpeme.

EVA

No, no, me interesa. ¿Qué quiso decir? ¿Cree que mi vida es una larga orgía?

VICTORIA

(Abochornada, en tono menor.)

Me refería a su marido. Su matrimonio me parece por lo menos... enigmático.

EVA

Es bastante común que un militar se enamore de una actriz. Lo raro es que llegue a casarse con ella.

VICTORIA

Ustedes parecen formar una fórmula política, una pareja reinante. El, el conductor de pueblos; usted, el ángel belicoso que reparte chocolates y bicicletas. ¡Qué par de comediantes!

EVA

(Con rabia.)

Su mamá y todas sus parientes deben haber hecho beneficencia. Claro que no las quería nadie.

VICTORIA

Es posible, pero no pretendían sacar provecho político.

EVA

Claro, sólo aquietar el ambiente, demostrar que eran buenas. Repartir ropa a la que ya le hubiesen sacado los botones.

VICTORIA

Usted ve ese tipo de beneficencia con desprecio; a mí me preocupa mucho más esta campaña preelectoral permanente que usted protagoniza con la plata del Estado. En fin, supongo que el voto femenino debe ser un paso calculado...

EVA

*(No le hace caso, se ha levantado y revisa las fotos.
Toma la de un hombre joven, moreno.)*

¿Quién es?

VICTORIA

(Desorientada por el cambio de tema.)

Un amigo al que...

EVA

Al que...

VICTORIA

Al que quise especialmente.

EVA

¿De qué manera?

VICTORIA

De la más común.

EVA

¿Y qué decía su marido? Porque usted estuvo casada, ¿verdad?

VICTORIA

Hice un matrimonio desgraciado. Tenía sólo veintidós años.

EVA

¡Sólo veintidós! ¡Una jovencita! A esa edad yo ya había cometido tantos errores que no valía la pena seguir contando. Por suerte, tenía una carrera y una idea fija: ser alguien.

VICTORIA

Viví separada de mi marido durante años. El hombre de la foto me acompañó durante los veinte años más felices de mi vida.

EVA

¿Murió?

VICTORIA

Mucho después. En su momento lo dejé. Había comenzado mi actividad en la revista. Mi necesidad de crear se hizo...

EVA

(Interrumpe con grosería calculada.)

¿Quién era el otro?

VICTORIA

(Casi incrédula.)

¿Cómo dice?

EVA

(Con claridad deliberada.)

Dije, señora, ¿quién era el otro?

VICTORIA

(Parece a punto de estallar, pero se contiene.)

El otro, señora, era un joven escritor de la revista, bastante menor que yo.

EVA

Casado, claro.

VICTORIA

Sí.

EVA

(Con reproche fingido.)

¡Estas burguesas!

VICTORIA

Jamás perjudiqué a su familia.

EVA

Salvo sorbiéndole el seso y todo lo demás. ¡Qué vergüenza!

VICTORIA

(Iracunda.)

¿Quién es usted para juzgarme? Una mujer de mala fama, pésima actriz, política de oído...

EVA

Tal vez. Sin embargo, no busco jovencitos en mi trabajo.

VICTORIA

Señora, creo que la entrevista terminó. Le ruego que sea usted quien resuelva irse, ya que estoy en mi casa.

EVA

(Divertida.)

Me gustan las reglas de etiqueta. Debe ser porque no las conozco. Fíjese que yo me la paso echando gente de mi despacho y nunca tuve quejas. Se nota

que estos brutos que me rodean no leen los mismos libros que usted. No quiero irme. Conversemos, por favor.

VICTORIA

(Agotada.)

¿De qué? ¿De qué quiere que hablemos?

EVA

Sigamos mirando fotos. (Toma la foto de una mujer de la mesa.) ¿Quién es? ¿No parece un pájaro?

VICTORIA

Virginia Woolf. Una gran escritora inglesa.

EVA

¿Amiga suya?

VICTORIA

No sé, yo la admiraba mucho.

EVA

¿Y ella a usted?

VICTORIA

No, no me admiraba. Creo que en el mejor de los casos yo le inspiraba curiosidad. Estaba convencida de que en la Argentina hace más calor que en Africa y que vivimos cubiertos con mariposas de colores.

EVA

Y usted, ¿no la desengañó?

VICTORIA

¿Para qué? ¡La gente es tan feliz con sus prejuicios!

EVA

¿Es casada?

VICTORIA

Era. Sí, era casada.

EVA

¿Estaba enamorada de su marido?

VICTORIA

No, no estaba enamorada, si es que usted está hablando de sexo.

EVA

¿Y él?

VICTORIA

Leonard Woolf era un hombre normal, pero comprendía y amaba a su mujer.

EVA

¡Qué mina más rara!

VICTORIA

Era un genio literario y sin duda una mujer muy especial.

EVA

¿Era degenerada?... Quiero decir... ¿le gustaban las mujeres?

VICTORIA

¿Por qué no se va al infierno?

EVA

(Impávida.)

¿Cómo murió?

VICTORIA

Se suicidó. Se llenó los bolsillos de piedras y se tiró al río.

EVA

¿Por qué?

VICTORIA

Ya había estado loca. Temió enloquecer de nuevo y no recuperarse jamás.

EVA

(Abandona el tema y la foto; toma otra.)

Y éste, ¿quién es?

VICTORIA

Un escritor francés, Drieu La Rochelle.

EVA

¿Vive?

VICTORIA

No, se suicidó.

EVA

Dígame, ¿ellos la buscan o usted los encuentra?

VICTORIA

Esto le demuestra que la vida intelectual no es hablar francés y hacer versitos. La cosa tiene sus bemoles, causa mucha angustia, desajustes con la realidad, malas relaciones con el prójimo. Y hay gente que no aguanta.

EVA

¿Y a usted cómo le va?

VICTORIA

Me va muy bien porque tengo la suerte o la desgracia de no ser una creadora. Soy testigo de mi época, escribo sobre los demás.

EVA

Como un parásito.

VICTORIA

Como una amante... En realidad, yo hubiese querido ser actriz. Claro, me lo prohibieron. Sin embargo, estudié teatro.

EVA

Podríamos haber sido colegas.

VICTORIA

Con grandes problemas de cartel.

EVA

Por respeto a su edad yo hubiese sido tolerante... No se casó con quien quiso, no eligió su carrera. ¿Por qué dirán que usted es una mujer de carácter?

VICTORIA

(Herida.)

Hice lo que pude, hice la revista.

EVA

Yo también hice lo que pude, sin dinero, sin relaciones, sin instrucción.

VICTORIA

A veces las relaciones y la propia clase social son un lastre. Usted no tenía nada que perder.

EVA

¿No me va a ayudar?

VICTORIA

No, no puedo.

EVA

¿Qué le puedo ofrecer?

VICTORIA

Nada.

EVA

¿Con qué la puedo amenazar?

VICTORIA

(Se ríe.)

¿Más té?

EVA

¿Me está echando? Soy yo la que tiene que resolver cuándo se va. Me lo enseñó usted.

VICTORIA

Algunos amigos me esperan en el comedor...

EVA

Dígales que, como esa inglesa loca, usted también está enamorada de sus mariposas de colores y por eso me cierra la puerta en la nariz.

VICTORIA

No es cierto. Tome otra taza de té.

EVA

(Levanta la cubretetera.)

¡Qué caliente está! ¡Qué buena idea ponerle sobre todo a la tetera! *(Se pone el cubretetera de sombrero!)*
¿Qué tal me queda?

VICTORIA

Le da un aire napoleónico. Muy para usted.

EVA

(Se ríe, se saca el cubretetera y lo usa como si fuera un micrófono, y le canta a Victoria.)

*Niña bien, pretenciosa y engrupida
que tenés berretín de figurar,
niña bien que llevás dos apellidos
y que hablás de la estancia de papá...*

VICTORIA

¿Terminó? Yo conozco unos versos que nos vienen bien a las dos. Son de un irlandés, Yeats.

*Although I have come close to forty-nine
I have no child
I have nothing but a book
To prove our blood and mine.*

EVA

Traduzca para el pueblo.

VICTORIA

Se lo dedicó a sus antepasados; dice:

*A pesar de mis cuarenta y nueve años,
no tengo un hijo.
No tengo más que un libro
para probar mi sangre y la vuestra.*

EVA

(Se para y hace una parodia de sus discursos políticos.)

Todos los niños del país son mis hijos y por ellos estamos dispuestos a...

VICTORIA

(Aplaude, irónica.)

Cuentos, pavadas. Las dos somos estériles. Debe ser el precio de tanta actividad. En el fondo Dios sabe lo que hace. Ya tenemos demasiado de qué ocuparnos. Hay demasiado de masculino en las dos. Para tener un hijo hay que estar disponible, darse tiempo, no pensar demasiado.

EVA

Sin embargo, hay mujeres muy inteligentes con hijos.

VICTORIA

Sí, pero hicieron pausas; sabían quedarse quietas, ser personajes secundarios. Estaban dispuestas a sufrir.

(Eva no responde, toma su sombrero, su tapado que ha quedado en una silla lateral. Parece derrotada, cansada.)

EVA

¿Valdrá la pena que volvamos a encontrarnos?

VICTORIA

No lo creo.

EVA

Que le vaya bien con... con los socialistas norteamericanos.

(Se enfrentan bajo una luz tenue. Por un segundo Victoria parece querer tocarla. Eva permanece pasiva, esperando. Victoria se endereza.)

VICTORIA

Le deseo que sea feliz... en su vida privada.

EVA

¿Qué me dice de la pública? Para mí son la misma cosa.

VICTORIA

Adiós.

*(Eva sale lentamente mientras baja el
TELON.)*

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

(En escena Eva e Iris, su mucama. Es el vestidor de Eva; parece el sueño de una provinciana pobre, y como todos los sueños tiene algo de precario, de fantasmal. Eva se perfuma; tiene en sus manos un enorme frasco, parecido a esas muestras que despertaban su codicia en las perfumerías, pero que resultaban ser fiascos llenos de agua coloreada. Está vestida para ir al Colón. Iris, en cuclillas, corrige el ruedo del vestido.)

EVA

Dicen que a mi paso dejo una estela de *Femme*, y que eso es de mal gusto.

IRIS

(Bien adiestrada.)

Envidia, señora.

EVA

Sí, puede ser... Lo que no saben es que por momentos el olor a pobreza resurge en mi piel, vence a tantos baños de espuma, a tantos litros de perfume francés.

IRIS

La señora huele a rosas.

EVA

Es que sólo yo me doy cuenta, es el olor a mi casa de Bragado, a negrita acicalada, al piletón con un pedazo de espejo, a mi pieza llena de manchas de humedad, escondidas bajo las fotos de los artistas.

IRIS

La señora huele a flores.

EVA

No, no siempre. A veces aparece una oleada de la otra pobreza, más sórdida, la de Buenos Aires; un olor a ropa de trabajo transpirada por otros, a hombre no deseado, a hotel barato.

IRIS

¿La cansa estar parada, señora?

EVA

No. ¿Sabés por qué uso tanto perfume? Es para taparle los caminos a la memoria, siempre acechando, traicionera, dispuesta a hacerme sufrir.

IRIS

Todos la amamos, señora.

EVA

Sí, parece que sí. "Señora" por aquí, "Señora" por allá. "¿Qué desea la señora?" Pero esta noche tendré que quedarme quieta como una estaca en mi palco oyendo gritar en alemán a unos energúmenos que no pararán hasta que estemos medio muertos. Después, champán, y a dormir, pero antes (*Parodia. Saluda con gestos de cortesía exagerados a personajes imaginarios.*), saludar a los ministros, a sus mujeres, a los sindicalistas, a algún provinciano, a algún gringo que transpira para que yo entienda lo que dice y que quiere vendernos bombitas de luz, o camellos, o tuercas, y que no sabe cómo y a quién ofrecer la coima.

IRIS

La señora está cada día más bonita.

EVA

Cada día me parezco más a los retratos oficiales. Cuando mi cara era mi cara, salía con amigas, íbamos a bailar, y a la madrugada tomábamos café con leche en algún bodegón, muertas de risa de los tipos, esperando el momento de ir a la radio y ser María Antonieta, o Cristina de Suecia, o una

paisanita seducida por el patrón y decir cosas como (*muy engolada*) "¿Qué queréis de mí, Milord? Sabéis que en mi situación no puedo ayudaros", o "Don Braulio, no entre a la casa que no están mis tatas..." Ahora me pregunto adónde estará esa Eva que cuando fingía sabía que fingía, en qué acto público, en qué balcón, en el besamanos de cuál obispo se petrificó y se convirtió en máscara, en perfil de moneda, en nombre de avenida...

IRIS

Un hada, la señora es un hada.

EVA

Un hada, harta estoy de ser un hada, pero hay que seguir, siempre seguir. Los pobres seguirán siempre iguales a sí mismos, legañosos, malolientes, derrotados, pero, eso sí, aferrados a la vida que los maltrata, pidiendo casas, heladeras, radios.

IRIS

Como si usted fuera una madre, señora.

EVA

¡Ah, sí! Una madre con entrañas de piedra. Si yo pudiera le demostraría a esa señora que soy capaz de hacer pausas, de probar mi sangre, como dijo el autor de esos versos. Seguramente ella no tuvo un hijo para no darle un disgusto a su mamá o a su abuelita. Alguien le tendría que haber dicho que ser hijo natural es incómodo pero no imposible. Ella le podría haber enseñado a leer esos libracos y a sentirse como ella, la dueña del universo. ¿Sabés, Iris, cómo habla? *(Remeda a Victoria y se levanta la punta de la nariz con el dedo índice)*:

"Señora, estoy muy ocupada con la revista".

"La vida intelectual tiene sus bemoles".

"La gente decente desconfía de ustedes".

(Usa un tono casual que se ensombrece hacia el final de la frase):

El hijo hubiese aprendido a decir todo eso y la gente diría de él:

"Fue el resultado de una gran pasión, qué mujer tan valiente, esta Victoria". Ahora, claro, si yo hubiera tenido un hijo natural dirían que es el hijo de una gran...

IRIS

Mírese, señora, parece una virgen.

EVA

(Sigue con sus propios pensamientos.)

Qué mujer tan extraña, pedante, tímida, a veces tan lejana y otras... quién sabe...

ESCENA SEGUNDA

(Victoria se prepara para acostarse asistida por Pepi. Su dormitorio es ascético y agradable. Nada sobra y nada falta; es una atmósfera que puede soportar los malos negocios de al menos otra generación. Luego la colcha de piqué tendrá un minúsculo, conmovedor remiendo y la lámpara de Lalique será vendida y reemplazada por un objeto menor. Una caja de galletitas y una jarra con agua sobre la mesa de noche. Pepi prepara la ropa de Victoria para el día siguiente. Victoria se enfrenta con el espejo; lleva ropa interior anticuada, pero impecable. Se observa como quien ha sorprendido a un enemigo.)

VICTORIA

Pepi, ¿estoy más gorda?

PEPI

Sí.

VICTORIA

¡Qué gallega bruta! ¡Qué manera de contestar!

PEPI

(Con cierta ironía le acerca una robe de corte masculino. Victoria se la pone y con un algodón y cold-cream borra el rouge de sus labios, su único afeitte.)

Mañana, ¿la despierto temprano?

VICTORIA

Sí, quedé en almorzar con Camus en el centro. *(Enfrenta a Pepi.)* ¿Qué tal? ¿Muy emocionada con la visita?

PEPI

Sí. Es más linda que en las fotos.

VICTORIA

Es una mujer feroz.

PEPI

Sin embargo, me parece que a usted le tuvo miedo.

VICTORIA

¡Qué disparate! Es ella la que tiene poder. Es joven, ahora rica y es ignorante, lo que le da una gran seguridad.

PEPI

¿Qué edad tendrá?

VICTORIA

Como todas las mujeres, la que a ella se le dé la gana.

PEPI

La suficiente para ser su hija.

VICTORIA

Si yo tuviera una hija sería bien distinta... Pero no la tuve.

PEPI

(Como para sí.)

Dios fue piadoso.

VICTORIA

Me pregunto cómo haremos para soportar a esta gente en el poder, con su indecencia, su rastacuerismo. ¡Pobre patria! Merecía otra cosa, no a estos fabricantes de sueños que morirán en el camino.

PEPI

¿Fueron muy honestos los gobiernos anteriores?

VICTORIA

(Enojada.)

Hicieron la patria que te dio de comer. Jamás se vio tanta desvergüenza en un gobierno.

PEPI

¿Volverán a encontrarse?

VICTORIA

Me negué. Puede ser una trampa. Es tentador entrar a las filas del enemigo. Uno se siente un espía astuto, o un conciliador inteligente, hasta que por simple contacto se pierden las ganas de pelear. Uno quiere grado y sueldo, uno quiere pertenecer, ser amado. Por eso al enemigo es mejor verlo desde afuera, no dialogar, evitar el contacto.

PEPI

La despierto mañana a las nueve. Póngase la crema.

VICTORIA

Déjame con mis arrugas, hacen que me parezca cada vez más a mí misma. El destino de los viejos.

ACTO TERCERO

(Eva sola. Lleva una robe de chambre blanca. Está recostada en un diván que le permite incorporarse en los momentos de mayor agitación de su charla con Victoria. Victoria, durante la charla, se sentará a una cierta distancia; será ella misma al llegar quien ubique su butaca. Como Eva, se pondrá de pie cuando la acción lo exija. El cuarto tiene objetos personales que atenúan un ambiente de sanatorio. Aun así es el cuarto de una enferma.)

EVA

(Monologa.)

He comulgado, me han fotografiado, sigo cumpliendo con él, con el partido. Soy un talismán y puede ser que muerta valga más que viva. *(Calla un ins-*

tante y luego palpa su vientre.) Ya sabía yo que todos los hijos que no tuve terminarían por pudrirme por dentro para convertirse en veneno. Tal vez yo no lo sepa, pero parte de mi cuerpo ha comenzado ya a heder, como ese gatito muerto que encontré un día en la plaza de Bragado.

(Entra Hebe, la enfermera.)

HEBE

Señora, ha llegado su visita.

EVA

Hágala pasar.

(Entra Victoria. Con sus zorros y su cloche parece muy grande y saludable en relación a Eva. Victoria se acerca, se saca un guante y tiende la mano.)

EVA

(Estrecha la mano que se le tiende y la observa con profunda atención.)

Está más vieja.

VICTORIA

Sí, han pasado algunos años, y a mi edad cada uno vale por dos.

EVA

Salvo que uno esté por morirse como yo y entonces valen por cuarenta.

VICTORIA

(Vacila antes de dar una negativa piadosa. Decide callar y sentarse.)

Me hizo llamar, y aquí estoy.

EVA

Seguro. Le remordía la conciencia.

VICTORIA

¿A mí? ¿Por qué?

EVA

Porque me echó de su casa y de su mente. Me eliminó.

VICTORIA

Mentira. Usted dio por terminada la visita. He pensado en usted más veces de las que hubiera deseado.

EVA

¿Me mandó muchas maldiciones? Le aseguro que me llegaron.

VICTORIA

No, pero mi furia contra ustedes ha crecido. Cualquier ciudadano decente corre riesgos, el país se ha empobrecido. El de ustedes es un poder no sólo corrupto, sino también estúpido.

EVA

Mi experiencia me ha demostrado que discutir sobre política no vale la pena. Nuestra relación tendría que haber seguido otros rumbos. Usted se negó, me rechazó.

VICTORIA

Me alegro de haberme negado. Jamás hubiese podido trabajar con usted.

EVA

(Hace una pausa. Contempla sus uñas y cambia de tema.)

¿Cómo anda la revista?

VICTORIA

Se podría decir que anda bien... en cierto aspecto.

EVA

¿Gana plata?

VICTORIA

No, al contrario, pierdo dinero cada vez que sale un número. Tenemos pocos avisos comerciales, las suscripciones no bastan. Además, no queremos ni tenemos apoyos estatales y, cosa rara en una revista literaria, pagamos a nuestros colaboradores.

EVA

¿Le parece que es función del Estado mantener revistas como la suya, para que las lean las tías y las mamás de los que publican?

VICTORIA

(Divertida.)

Y algún despistado más. No. Salvo que el Estado se limitara a dar el dinero y fuera prescindente del contenido, la administración y los colaboradores de la revista.

EVA

Nadie regala plata porque sí.

VICTORIA

Y menos ustedes, que la usan para hacer propaganda. Prefiero empobrecerme yo. No tengo hijos, no perjudico a nadie. Gasto mi propio dinero.

EVA

Me han dicho que usted tiene un pelotón de tías muy disciplinadas que se van muriendo y dejándole herencias.

VICTORIA

Ahí tiene usted lo que son los gustos. Hay quien gasta en revistas; otros prefieren los brillantes y los visones. Y sin necesidad de que se muera ninguna tía.

EVA

(La ignora.)

En fin. Hay que reconocer que usted es persistente, sobre todo teniendo en cuenta que ésta no es su verdadera vocación.

VICTORIA

Se ha convertido en una pasión. Es una necesidad.

EVA

Usted paga caro su propio incienso. Yo también.

VICTORIA

¿Cree que trabajo por vanidad?

EVA

¿No es la razón más corriente?

VICTORIA

Usted no sabe cuánto amo a mi trabajo.

EVA

Un trabajo que le permite codearse con gente que de otro modo la trataría como a una aficionada.

VICTORIA

(Enojada y un poco divertida.)

¿Qué cree que soy? ¿Una cazadora de autógrafos?

EVA

Sí, de altísima categoría. Usted me recuerda a la gente que se reunía a la entrada de las radios para que los artistas les diéramos fotos y autógrafos. Usted, para conseguir lo mismo, es capaz de viajar a Europa, mandar flores y mantener una revista para publicar algo de la víctima. Una vez agotada la relación, ¡a la próxima mosca, señora araña!

VICTORIA

Falso. Mantengo relaciones y amigos de toda la vida.

EVA

¡Qué bien! ¿Y nunca se pelea con nadie? ¿Son razonables los escritores?

VICTORIA

A veces son envidiosos, suspicaces, irascibles. He fracasado en mi relación con alguno de ellos.

EVA

El otro día vi una foto suya en *La Nación*, sacada, creo, por los años veinte. Le sonreía embelesada a un alemanote gordo, de barba, Key... Key...

VICTORIA

Keyserling. Un filósofo alemán. Eso fue un fracaso.

EVA

¿Ah, sí? ¿Y por qué?

VICTORIA

Keyserling quiso que nuestra relación fuera diferente, vio en mí algo más que una compañía intelectual.

EVA

(Interrumpe, encantada.)

Y el gordo se tiró un lance.

VICTORIA

(Tiesa.)

Podríamos decirlo así.

EVA

(Maliciosa.)

Seguro que usted le anduvo coqueteando. *(La remeda.)* ¡Ay, lo que yo daría por traducirlo! ¡Venga a tomar el té conmigo!

VICTORIA

No, nunca me gustó. De todos modos, transformó mi rechazo en una crítica general hacia la Argentina.

EVA

Creía que los intelectuales son más independientes de sus asuntos personales y que no tienen presiones en el momento de pensar. Creía que sólo los políticos jugamos sucio.

VICTORIA

Así debería ser.

EVA

Si usted le hubiera hecho el gusto al grandote...

VICTORIA

Tal vez hubiera llegado a la conclusión de que la Argentina era un lugar paradisíaco.

EVA

(Risueña.)

Bueno. Hay que sacrificarse por el país de tanto en tanto. Más patriotismo la próxima vez, señora.

VICTORIA

(Sigue en tono de broma.)

La próxima vez que pase por Buenos Aires se lo mando para que nos haga quedar bien usted. *(Eva ríe suavemente.)* ¡Ay, hombres!

(Entra Hebe con una pequeña bandeja. Le da una píldora a Eva y sale nuevamente.)

EVA

(Espera la salida de la enfermera.)

¿Y cómo anda la colección de suicidas? ¿Sabe que anduve preguntando cosas sobre su amigo Drieu?

VICTORIA

¡Mi pobre Drieu! Le gustaba, entre otras cosas, jugar al gigoló malo, maltratar a las mujeres decentes y tratar con gran dulzura a las prostitutas.

EVA

(Casual.)

¿Y en qué categoría la ponía a usted?

VICTORIA

Si debo juzgarlo por las cuentas que pagué y su trato tan descortés, debía considerarme un monumento a la virtud.

EVA

¿Qué razones podía tener usted para aguantar a semejante tipo?

VICTORIA

Me permitía participar en su angustia por crear,
en su locura por ver claro.

EVA

La felicito. ¡Qué juergas las tuyas!

VICTORIA

Uno goza a su manera. La gente lo ha juzgado duramente. Nunca pidió compasión, jugó su carta política y perdió. Yo lo quería. Lo sigo queriendo.

EVA

¿Cómo cree que me hubiera tratado a mí?

VICTORIA

Se hubiera enamorado de su pelo, de su piel, de su fama. Los europeos han fantaseado mucho con su persona.

EVA

Lo que me gustaría saber, señora directora, es si me hubiese considerado "decente" o "prostituida".

VICTORIA

(Alarmada.)

No lo sé.

EVA

Y a usted, ¿qué le parece?

VICTORIA

(Medita un segundo.)

Creo que nos parecemos en algo. Tenemos que ser alguien, y como vivimos en un mundo masculino conseguimos nuestra dosis de poder a través de los hombres. Yo necesito prestigio intelectual; usted, poder político. En el camino pasan cosas desagradables, extravagantes.

EVA

¿Sabe que soy una mujer sin experiencia amorosa?

VICTORIA

(Divertida.)

¿De veras?

EVA

Sí, de veras. Yo aprendí el lenguaje del amor en el radioteatro, después de llevar una vida que muchos consideran promiscua. El sexo en mi caso fue reem-

plazado por el poder, el amor de un hombre por el de la multitud. No me importa que digan que soy mala actriz y mala amante. Desde un balcón, soy imbatible. Si usted leyera mis discursos...

VICTORIA

¡Dios no lo permita!

EVA

Muchas gracias. Si los lee, verá que son una burbuja siempre igual a sí misma. Ni siquiera importa quién los escriba. Sólo dichos por mí significan algo.

VICTORIA

No crea, hay mucho de usted. Sus enemigos políticos descubrimos en ellos una buena carga de resentimiento y de odio.

EVA

Reflejan sus propios sentimientos. Son ustedes los que me odian.

VICTORIA

No es así. Recuerdo partes de sus discursos, sus ataques despiadados a los que llama "oligarcas". Tal vez la calificación me cuadre a mí y a algunos más, pero no a la enorme cantidad de profesores, empleados y hasta obreros que vienen de la clase media y de la baja y que son perseguidos por su gobierno.

EVA

Vivimos rodeados de traidores. Tenemos que defendernos.

VICTORIA

Hable con gente decente. Es su propia corte de chupamedias y mediocres la que nos está aniquilando, y a la larga a ustedes también. Gente como

ese payaso asalariado que le escribió su libro. La peor mezcla de autocompasión y falsa modestia. Un asco.

EVA

Así que no le gustó mi librito.

VICTORIA

Es una porquería. Si hace propaganda, hágala bien.

EVA

¿Usted me hubiese ayudado a escribirlo?

VICTORIA

Prefiero que me coman las termitas.

EVA

¿Se da cuenta? Yo nunca puedo elegir (*remeda a Victoria*): "La gente decente no nos tiene confianza".

VICTORIA

Usted que dice estar preocupada por los derechos de la mujer permitió que ese libro machista y atrasado sea texto de lectura en todas las escuelas.

EVA

¿Machista? El autor no hace otra cosa que ensalzarme, y creo que todavía soy una mujer... aunque se me hayan arruinado algunas piezas que lo probaban.

VICTORIA

¡Bah! Ya sabíamos el cuento: la humilde discípula, la hembrita enamorada y el maestro, el revolucionario. Pero en el fondo qué importa. Los dos son una lacra.

EVA

Si usted se va al infierno, cosa casi segura, será por su violencia y su soberbia, para no hablar de la gula, porque usted está gordísima, señora.

VICTORIA

A usted la condenarán su codicia y su envidia.

EVA

Es cierto lo de la envidia. Envidié a los chicos con padre, a la gente respetable, a las mujeres protegidas por padres, hermanos, maridos, a las actrices de Hollywood, siempre prósperas, impecables, y a las directoras de revistas que parecen escritas en chino y que hablan de gente que nadie conoce.

VICTORIA

Es cierto, yo no trabajo para analfabetos... (*Pausa. En tono más suave.*) Estoy pensando en su vida anterior al poder. Es posible que yo no haya sido

jamás tan libre como usted, pero la libertad que yo conseguí no nació como la suya, del desamparo, sino de la rebelión, y ésa se consigue destrozándole el corazón a los que más nos aman.

EVA

(Aplacada.)

¿Y a quién le destrozó el corazón?

VICTORIA

A mi familia, para empezar.

EVA

¿No estaban encantados con sus suicidas, sus inglesas locas?

VICTORIA

Me hubieran preferido "normal", en el sentido que ellos le dan a esta palabra.

EVA

Hijos, un buen marido, una casa impecable.

VICTORIA

Y tal vez un cierto barniz intelectual. Lo imperdonable fue convertirme en una profesional, vivir sola, manejar mi automóvil, mi dinero, dar alojamiento en mi casa a quien se me ocurriese, abandonar a mi marido, elegir a mis amantes. En fin, vivir a lo hombre.

EVA

A lo hombre libre y rico.

VICTORIA

Sí, a lo hombre libre y rico... Así que soy violenta y soberbia. Sin embargo, mi ira es de corto alcance, nunca me sirvió para otra cosa que para mandonear y protegerme... ¿Mi soberbia? Me enseñaron desde chica que existía mi clase y los demás, pero yo trabajo con todo tipo de gente, son mis amigos, y si me consideran superior, el prejuicio es de ellos, no mío.

EVA

Usted debe dejar bien claro quién es la dueña del circo.

VICTORIA

Usted ve todo en términos de poder. El mío es evanescente, no fabrico decretos, no degrado a nadie. Soy sólo una argentina que sobrevive apenas en este prostíbulo mal aireado en el que han convertido al país.

EVA

(Se incorpora, furiosa.)

¡Claro! ¿Cómo no añorar el pasado con sus masas hambreadas, las casas de inquilinato, el analfabetismo? Debe haber sido un país muy fácil de manejar hasta que llegamos nosotros. Recuerde que aunque nos echen, el país jamás volverá a ser lo que ustedes sueñan.

VICTORIA

De acuerdo. Le han provocado una de esas enfermedades de las que uno ni se cura ni se muere.

EVA

Usted le llama enfermedad a una toma de conciencia. Por más que fantasee esto no es Europa. A gente como usted hay que mostrarle un "cabecita negra" bien de cerca, para que sepan que existe, que es una parte del país.

VICTORIA

Palabras. Ustedes caminan por una senda que abrieron los socialistas. Claro, no llegaron al poder, eran demasiado decentes, el pueblo quería otra cosa.

EVA

Fracasaron en el lenguaje. El pueblo no los entendía... (*Los descarta con un gesto.*) Una manada de doctores y maestras hablando y legislando para un país que los ignoraba... Sigamos hablando de sus amigos, son más pintorescos. Me dijeron que ese tal Drieu era germanófilo, tal vez colaboracionista, que se suicidó cuando los aliados ganaron la guerra.

VICTORIA

Muchos intelectuales franceses que gozan de excelente salud pensaban como Drieu... A usted le contaron una verdad peligrosa, una verdad a medias...

EVA

El marido de esa inglesa Woolf era socialista, con muchos amigos comunistas.

VICTORIA

¿Adónde quiere llegar?

EVA

En su revista publican nazis y comunistas.

VICTORIA

No puedo prohibir a mis colaboradores que tengan ideas propias, aunque no coincidan con las mías. No sé si usted estará en condiciones de entenderme.

EVA

(Risueña, peligrosa.)

Pero sí, cómo no. Entonces, ¿por qué yo le resulté inaceptable? ¿Porque no soy ni escritora ni extranjera?

VICTORIA

(Molesta.)

Ese no es el punto.

EVA

No, ese no es el punto, usted fue incapaz de hablar conmigo porque me odia y me considera inferior.

VICTORIA

No, inferior no. Sorda, rapaz, arbitraria.

EVA

No me insulte. Reflexione. Atribúyase a sí misma o a su clase un vicio, un defecto, y le pagaré con la misma moneda.

VICTORIA

No haga trampas.

EVA

No hago trampas.

VICTORIA

(Tarda unos segundos en responder. Se esfuerza honestamente.)

Nos atrasamos en la distribución de la riqueza, fuimos malos educadores. *(Se enfurece sin poder evitarlo.)* Las pruebas cantan: ustedes en el poder.

EVA

Ahora me toca a mí. No hicimos una verdadera revolución. (*Irónica.*) Las pruebas cantan: corremos el riesgo de tener que devolverles el poder a ustedes.

VICTORIA

No se preocupe. Parece una dictadura inamovible.

EVA

¿A esto le llama dictadura? Nadie le pidió que se afiliara a mi partido, o que publicara proclamas en mi favor en su revista; sólo quise compartir con usted un ideal que nos unía. Las mujeres hubieran salido ganando.

VICTORIA

Me pregunto si somos sinceras en nuestro feminismo. No nos va tan mal en un mundo controlado por los hombres, conocemos los códigos, las con-

traseñas. A usted le han dado una buena dosis de poder, a mí me han dejado imaginar que soy una gran intelectual.

EVA

¿Está segura de que tengo tanto poder? Estoy haciendo ya, moribunda, todas las gracias y morisquetas que me imponen. No se me ocurre negarme, mandarlos al infierno, decirles que me dejen morir tranquila, que dejen que me crezca el pelo negro. Quisiera ver mi verdadera cara, aunque sólo fuera una vez antes de morir.

VICTORIA

Hágalo. Pocos tendrían el coraje.

EVA

Usted no entiende. Me quieren rubia para toda la eternidad.

VICTORIA

La convertirán en moneda política, en santa, en mármol, a la larga en nada... *(Pausa.)* Tengo que volver a casa. *(Comienza a ponerse su abrigo.)*

EVA

Si yo me mejorara, ¿trabajaría conmigo?

VICTORIA

No.

EVA

Sea amable, mujer de hielo. En un mes estaré muerta.

VICTORIA

¿Puedo hacerle una pregunta muy privada?

EVA

Esta no es una conversación social.

VICTORIA

Se la tiene por creyente. ¿Es así?

EVA

Sí, es así.

VICTORIA

Conozco a un sacerdote, un hombre fuera de lo común. ¿Le interesaría conversar con él?

EVA

¡Cómo le gusta recomendar gente! ¡Mandona! De acuerdo, conversaré con él.

VICTORIA

¿Seguro?

EVA

Seguro. *(Maliciosa. Muy cansada.)* Yo sí sé aceptar lo que me ofrecen.

(Bajan las luces. Eva, agotada, ha cerrado los ojos. Victoria, con el sombrero y los guantes en una mano, se acerca a ella y extiende su brazo insinuando una caricia. La mano cae antes de tocarla. Victoria lentamente abandona la habitación.)

TELON

INDICE

Acto primero	9
Acto segundo	63
Acto tercero	79